

resucitan ni se manifiestan a nadie: con lo que demuestran que sus almas no se parecen en nada a la de Jesús.

32,4. Si dicen en cambio que el Señor mismo ha realizado todo lo que hizo por medio de fantasmas, nosotros les mostraremos los escritos de los profetas para probarles por medio de ellos que todo lo que le concierne ha sido anunciado de antemano y realizado al mismo tiempo sin ningún género de duda y que — sólo él es el Hijo de Dios. Por eso también sus discípulos auténticos, en su nombre, después de haber recibido de él la gracia, obran en provecho de los demás hombres, según el don que cada uno ha recibido. Unos arrojan con firmeza y verdad a los demonios de manera que a menudo aquellos mismos que han sido purificados de los espíritus malignos abrazan la fe y entran en la Iglesia; en cambio otros tienen: un conocimiento anticipado del porvenir, visiones y palabras proféticas; otros en fin por medio de la imposición de manos curan a los que sufren alguna enfermedad y les devuelven la salud; e incluso, como hemos referido ya, han resucitado algunos muertos que han permanecido con nosotros durante muchos años. ¿Y qué más? No es posible contar el número de carismas que a través del mundo entero la Iglesia ha recibido de Dios y que, en nombre de Jesu-Cristo crucificado bajo Poncio Pilato, pone en acción cada día para el provecho de los gentiles, no engañando ni reclamando ningún dinero de nadie: porque tal como ha recibido ella gratuitamente de Dios, así distribuye también gratuitamente lo que ha recibido^a.

32,5. Ella no hace nada invocando a los ángeles, ni por medio de sortilegios o toda clase de prácticas mágicas, sino, con toda limpieza y pureza y a la luz del día, haciendo subir las paces a Dios, que ha hecho todas las cosas, e invocando el nombre de Nuestro Señor Jesu-Cristo realiza prodigios para el provecho de los hombres y no para engañarles. Si por tanto, incluso ahora, el nombre de Nuestro Señor Jesu-Cristo proporciona unos bene-

ficios y sana con toda certeza y verdad a todos aquellos que en todas partes creen en él —lo que no ocurre con el nombre de Simón, ni con el de Menandro, ni de Carpócrates, ni de ningún otro— está claro que al hacerse hombre, vivió en compañía de la obra modelada por él^a, realizó todo realmente con el poder de Dios, según el beneplácito del Padre de todas las cosas^b, tal como lo habían anunciado los profetas. Cuáles fueron estas profecías se verá en la exposición de las pruebas que saquemos de los profetas.

d) Supuesta transmigración de las almas (33,1-34,1)

33,1. Nosotros rechazamos el tránsito de las almas de un cuerpo a otro, por el hecho de que ellas no conservan ningún recuerdo de acontecimientos anteriores. En efecto, si ellas hubieran sido enviadas a este mundo con el fin de realizar todas las acciones posibles, deberían de recordar todo lo realizado anteriormente por ellas, para poder completar lo que les faltaba todavía y para no fatigarse sin cesar con las mismas idas y venidas indefinidamente reiteradas.

Porque su unión con el cuerpo no podría extinguir enteramente el recuerdo de lo que ellas habían visto anteriormente, tanto más cuanto que venían con este fin. Al presente las cosas, que el alma ve por sí misma en su imaginación, mientras el cuerpo está dormido y descansando, las recuerda ella en su mayor parte haciendo participar al cuerpo: y ocurre de manera que, incluso después de mucho tiempo, un hombre puede hacer conocer en estado de vigilia lo que ha visto en sueños: de la misma manera debería de acordarse el alma de las acciones realizadas antes de su venida al cuerpo actual. Porque si, de lo no ha visto ella más que un instante en su imaginación durante el sueño, se acuerda una vez unida al cuerpo y repartida por todos los miembros, con mayor motivo se acordaría de aquellas actividades, a

que se hubiera dedicado en tiempos tan prolongados de toda una existencia anterior.

33,2. No pudiendo responder a estas razones aquel anciano ateniense llamado Platón, que fue el primero en introducir esta doctrina, hizo intervenir el brebaje del olvido, pensando escaparse con ello de la dificultad: sin aportar la menor prueba, declara categóricamente que las almas, cuando van a entrar en esta vida, beben el brebaje del olvido: en el preciso instante, en que va a entrar en los cuerpos son abrebados por el «demonio» que guarda la entrada. De esta manera, sin darse cuenta, cae él en una dificultad mucho mayor aún. Porque si el brebaje del olvido, al ser tomado, puede borrar de la memoria el recuerdo de todos los acontecimientos anteriores ¿cómo sabes, Platón, ya que tu alma está al presente en un cuerpo, que esa alma tuya, antes de entrar en ese cuerpo, ha sido abrebada por un «demonio» con el remedio del olvido? Porque, si te acuerdas del demonio, del brebaje y de la entrada, es preciso que sepas también todo lo demás; si lo ignoras es señal de que ni el demonio es verdadero, ni el brebaje del olvido ingeniosamente preparado es eficaz.

33,3. Contra los que dicen que el cuerpo mismo es la medicina del olvido se ofrece lo siguiente: por una parte ¿cómo puede acordarse el alma y dar parte a los demás de lo que ha visto en sueños por sí misma y con el pensamiento, mientras descansa el cuerpo? Y por otra, si el cuerpo fuera el olvido, el alma que se hallara en el cuerpo no se acordaría ni de lo que un día haya llegado a su conocimiento por medio de la vista o el oído: porque, desde el momento en que el ojo se apartara de los objetos contemplados, desaparecería también su recuerdo. Porque, hallándose en el interior mismo del olvido, no podría el alma conocer nada más que lo que viera en el momento presente. ¿Cómo podría ella aprender las cosas divinas y acordarse de ellas estando en el cuerpo, si como pretenden ellos, el cuerpo mismo es el olvido? Los profetas mismos, estando sobre la tierra, dirigiéndose a los hombres, se acuerdan y hacen participar a los demás hombres de

todo lo que han visto y oído espiritualmente en el curso de sus visiones celestes: y no es cierto que el cuerpo produzca en el alma el olvido de las cosas que ésta ha visto espiritualmente, sino que el alma instruye al cuerpo y le hace participar de la visión espiritual que ella ha recibido.

33,4. Como el cuerpo no es más poderoso que el alma, recibe de ésta el aliento de vida; el crecimiento y la cohesión, y es el alma la que tiene dominio sobre el cuerpo y le impone respeto. En tanto se le impide al alma que tenga su agilidad, en cuanto el cuerpo participa de su movimiento; mas no pierde ella su ciencia. Porque el cuerpo es semejante a un instrumento, en tanto que el alma ejerce el oficio de artista.

El artista concibe pronto dentro de sí una obra de arte, pero no la realiza más que lentamente por medio de su instrumento a causa de su inercia: la agilidad de la mente del artista mezclándose con la lentitud del instrumento realiza una obra que participa de la una y de la otra.

Así el alma unida a su cuerpo es frenada algo por el hecho de que su agilidad se mezcla con la lentitud del cuerpo, mas no por ello pierde totalmente sus energías: haciendo participar de su vida al cuerpo, no cesa de vivir también ella. De la misma manera, cuando hace participar al cuerpo de las demás cosas, ni pierde la ciencia que posee de ellas, ni el recuerdo de lo que ha contemplado.

33,5. si por tanto no conserva ella ningún recuerdo de acontecimientos anteriores y no posee otros conocimientos que los que se adquieren en esta vida, concluimos que no ha estado jamás en otros cuerpos ni ha realizado nunca acciones que desconoce, ni conoce más cosas que las que ve. Mas de la misma manera que cada uno de nosotros recibe su propio cuerpo por arte de Dios, así posee también su propia alma. Porque no es Dios ni tan pobre ni tan indigente, que no pueda dar a cada cuerpo su propia alma. así como su propio carácter. Y por eso, cuando se haya completado el número de humanos fijados de antemano por él, todos los que

hayan sido inscritos para la vida^a, resucitarán con sus propios cuerpos, sus propias almas y sus propios Espíritus con los que agradaron a Dios; en cambio aquellos que sean dignos de castigo se retirarán a recibirlo, llevando también sus propias almas y sus propios cuerpos, en los que serán apartados de la bondad de Dios. Y tanto los unos como los otros cesarán de engendrar y ser engendrados, de ser esposos y esposas^b, a fin de que la especie humana, mejorando hasta el punto fijado de antemano por Dios, conserve la armonía recibida del Padre.

34,1. El Señor ha enseñado hasta la saciedad que las almas no sólo no pasan de un cuerpo a otro, sino que guardan la misma huella del cuerpo en que han sido acomodadas y recuerdan las acciones que han realizado aquí abajo y han dejado de hacer: tal como aparece en la relación del rico (Epulón) y de Lázaro, que descansaba en el seno de Abraham^a. Según ese relato, el rico conocía a Lázaro después de su muerte y conocía también a Abraham, y conocía: que cada uno de ellos estaba en el lugar que le había sido asignado; pedía que le fuera enviado para socorrerle aquel Lázaro a quien él había rehusado hasta las migajas que caían de su mesa; Abraham daba por respuesta: 1) que estaba al corriente de lo que concernía no sólo a la persona de Lázaro, sino también a la del rico; 2) y ordenaba a los que no quisieran escuchar a Moisés y a los profetas y recibir el mensaje de aquél que resucitara de entre los muertos. Todo ello supone claramente que las almas persisten solas, que no pasan de un cuerpo a otro, que posee los rasgos del ser humano, para que puedan ser reconocidas y que se acuerdan de las cosas de aquí abajo; se ve también con ello que Abraham poseía el don de profecía y que cada alma recibe, incluso antes del juicio, la mansión adecuada a sus méritos.

e) *Supuesta mortalidad de las almas (34,2-4)*

34,2. Quizás digan aquí algunos que las almas, que han comenzado a existir hace poco, no podrán durar indefinidamente, sino una de dos: o es preciso que ellas sean increadas para que puedan ser inmortales; o bien, si ellas han recibido el comienzo de su existencia^a, tienen que morir necesariamente con su cuerpo. Sepan todos éstos que el Ser sin comienzo ni fin y que se mantiene realmente y siempre idéntico a sí mismo únicamente es Dios, que es el Señor de todas las cosas. En cuanto a todos los seres salidos de él y que, sean quienes sean, han sido hechos y son hechos, reciben el comienzo de su existencia y son inferiores a su Autor, por el mero hecho de no ser increados; duran no obstante y prolongan su existencia a lo largo de los siglos^b, según la voluntad de Dios su Creador. Así que Dios les concede inicialmente el poder ser, después el ser.

34,3. Porque de la misma manera que el cielo situado sobre nosotros, es decir, el firmamento, el sol, la luna y demás estrellas y toda su ornamentación^a han sido hechos de la nada¹⁰, y duran indefinidamente según la voluntad de Dios, así no se equivocará tampoco quien piense lo mismo de las almas, de los espíritus y de todos los seres creados sin excepción: porque todos los seres creados reciben el comienzo de su existencia, mas duran tanto tiempo cuanto Dios quiere que existan y duren. El Espíritu profético da también testimonio en favor de esta doctrina cuando dice: Porque Él habló y se hizo, ordenó y fueron creados; Él los fijó para siempre y por los siglos de los siglos^b. Y en otra ocasión dice a propósito del hombre destinado a la salvación: «Pidió vida de tí, y le diste largo curso de días para siempre jamás»^c, como si el Padre de todas las cosas diera también la perseverancia por siempre jamás a los que se salvan. Porque la vida no proviene de nosotros ni de nuestra naturaleza, sino que nos es dada según la gracia de Dios^d. Por eso aquél que conserve el don de la vida y

34,2 (a) Sab. 7,5; (b) Ps. 20,5. — 34,3 (a) Gen. 2,1. —10 Cuando no existían antes. 34,3 (b) Ps. 148, 5-6; 32,9; (c) Ps. 20,5; (d) I Cor. 3,10.

dé gracias a Aquél que le ha dado «recibirá también para siempre multitud de días»; mas aquél, que rechace ese don y sea ingrato con su Creador por la existencia recibida y que rehuse el reconocimiento del Donador, quedará privado de la perseverancia para siempre. Por eso decía el Señor a los que se mostraban desagradecidos con él: Si no habéis sido fieles en las cosas pequeñas ¿quién os confiará las grandes? Quería decir que si ellos se mostraban desagradecidos durante la corta vida temporal a Aquél que les había dado, con toda justicia no recibirían de Él «la multitud de días por los siglos de los siglos».

34,4. Porque de la misma manera que el cuerpo animado por el alma no es el alma misma, sino que participa del alma todo el tiempo que Dios quiere, así también el alma misma no es la vida, sino que participa de la vida que Dios le da. Por eso la palabra profética dice del primer hombre: «Él fue hecho alma viviente»^a; ella nos enseña que es por una participación en la vida por lo que el alma ha sido hecha viviente, de tal suerte que una cosa es el alma y otra cosa la vida que está en ella. Si por tanto Dios da tanto la vida como la duración perpetua de esa vida, no es imposible que las almas, aunque no hayan existido primero, duren después, puesto que es Dios el que quiere que ellas existan y se mantengan en esa existencia. Porque es la voluntad de Dios la que debe gobernar y enseñorear todo; todo lo demás debe doblegarse ante ella, someterse a ella y ponerse a su servicio. Hasta aquí se ha dicho ya bastante sobre la producción del alma y su permanencia en la existencia.

3. Tesis de Basíldes sobre el gran número de cielos (35,1)

35,1. En lo que concierne a Basíldes se puede añadir a lo que se ha dicho ya la consideración siguiente: según su propio sistema, se verá obligado a confesar que no sólo han sido hechos

sucesivamente 365 cielos, los unos por los otros, sino que una multitud innumerable de cielos ha sido hecha desde siempre, es hecha y será hecha, y que esta fabricación de cielos no cesará jamás. Porque si por derivación del primer cielo ha sido hecho a su imagen un segundo, después un tercero a imagen del segundo, y así sucesivamente todos los siguientes, es necesario que de nuestro cielo, que él llama el último, se derive también otro cielo semejante a él, y después de él también otro. Por tanto no cesará jamás, ni la derivación a partir de cielos ya hechos, ni la fabricación de nuevos, y se deberá poner no un número determinado, sino un número ilimitado de cielos.

4. Tesis de los «Gnósticos» sobre la pluralidad de los Dioses (35,2-3)

35,2. En cuanto a todos aquellos, que se llaman falsamente «gnósticos» y que dicen que los profetas han profetizado de parte de diferentes dioses, serán refutados sin dificultad por el hecho de que todos los profetas han predicado a un solo Dios y Señor, Creador del cielo y de la tierra, y de todo lo que ellos contienen^a, y han anunciado la venida de su Hijo, como lo probaremos por las Escrituras mismas en los siguientes libros.

35,3. Tal vez aleguen algunos los diferentes vocablos hebreos que figuran en las Escrituras, tales como: Sabaoth, Eloí, Adonai, etc., y se esfuercen en demostrar por ellos la existencia de Poderes y Dioses diferentes.

Sepan que todos los vocablos de este género son designaciones y calificativos de un solo y mismo Ser. En efecto, la palabra Eloí, en hebreo, significa el «verdadero Dios»; Elloeuth, en hebreo, significa «El que contiene todas las cosas». La palabra «Adonai» designa al «Innombrable» y al «Admirable»; con doble

delta y una aspiración, o sea con la forma «Haddonai», designa a «Aquel que separa la tierra de las aguas, de manera que éstas no pueden invadir más la tierra. «Así mismo Sabaoth, con una o larga en la última sílaba, significa Aquel que quiere»; con una o breve, o sea con la forma Sabaoth, designa al «primer cielo». De la misma manera también la palabra Iaoth con o en la última sílaba significa «la medida fijada de antemano», mientras que la palabra Iaoth con o breve significa «Aquel que hace huir a los malvados».

Todos los demás nombres son igualmente calificativos de un solo y mismo Ser, así por ejemplo: «Señor de las Potestades», «Padre de todas las cosas», «Dios todopoderoso», «Altísimo», «Señor de los cielos», «Creador», «Ordenador»,

etc. Todos estos nombres corresponden no a seres diferentes, sino a un solo y mismo Ser: designan a un solo Dios y Padre, que contiene todas las cosas y da a todos la existencia.

Conclusión (35,4)

35,4. Que con nuestras palabras concuerdan la predicación de los Apóstoles, la enseñanza del Señor, el anuncio de los profetas y el ministerio de la ley; que todos alaban a un solo y mismo Dios Padre y no a otros dioses diferentes, que todas las cosas parten de un origen común, no de diferentes Dioses o Potestades, sino de un solo y mismo Padre, quien dispone los seres según sus naturalezas respectivas; que tanto las cosas visibles como las invisibles y todos los seres sin excepción han sido hechos no por ángeles, ni por ninguna Potestad, sino por el único Dios y Padre: estimo que ha sido probado ya suficientemente por las numerosas páginas en que se ha mostrado que no hay más que un solo Dios y Padre, Creador de todos los seres. Sin embargo para que no se piense que rehusamos la prueba sacada de las Escrituras del Señor —porque las Escrituras mismas proclaman esta doctrina de una manera mucho más manifiesta aún y más clara, al menos

para aquellos, que no se aplican a ellas con disposiciones perversas—, vamos a exponer también en el libro siguiente esas Escrituras, o sea las pruebas sacadas de las Escrituras divinas, que colocamos a la vista de todos aquellos que aman la verdad.

TABLA DE MATERIAS

Traducción del francés del Capítulo V de la Introducción ¹ que es trabajo realizado por Adelín Rousseau, monje de la Abadía de Orval	5
Capítulos. Argumentos	76
Prólogo	81

PRIMERA PARTE

Refutación de la tesis valentiniana relativa a un Pleroma superior a Dios Creador

1. El mundo supuestamente exterior al Pleroma o al Primer Dios (1)	82
2. El mundo supuestamente hecho por los ángeles o por un Demiurgo (2)	85
3. Un espacio vacío donde habrá sido hecho el mundo (3-4,1)	89
4. Una «ignorancia» de donde habrá salido el mundo (4,2-6,3)	91
a) Un Padre negligente (4,2)	91
b) Una luz impotente (4,3-5,1a)	92
c) Los Eones en la ignorancia (3,1b-2)	93
d) Un Dios esclavo de la necesidad (5,3-4)	94
e) Una ignorancia en los ángeles o en el Demiurgo (6)	96

(1) del libro II (tomo 293).

5. Algunas imágenes de las realidades del Pleroma (7-8,2).....	98
a) Un mundo destinado a desaparecer (7,1-2a)	98
b) Un Demiurgo ignorante (7,2b)	99
c) Algunas creaturas múltiples y diversas (7,3-4)	100
d) El Pleroma mismo a imagen de realidades superiores (7,5)	102
e) Cosas de este mundo contrarias a las realidades del Pleroma (7,6-7)	102
f) Algunas sombras de las realidades de arriba (8,1-2)	103
6. Conclusión (8,3-11,2)	104
a) Resumen de la primera parte (8,3)	104
b) Testimonio unánime a favor del Dios Creador (9,1)	105
c) Ningún testimonio en favor del Padre de los herejes (9,2-10,2)	106
d) Credibilidad de la enseñanza de la fe, lo absurdo de la tesis herética (10,3-1,2)	108

SEGUNDA PARTE

Refutación de las tesis valentinianas relativas a la emisión de los Eones, a la Pasión de la Sabiduría y a su simiente (chispa divina) (12-19)

1. De la Triacóntada (12)	110
a) Carencia de Eones (12,1-6)	110
b) Exceso de Eones (12,7-8)	113
2. El hecho de las emisiones (13-14)	115
a) Emisión del Entendimiento y de la Verdad (13,1-7)	115
b) Emisión del Verbo y de la Vida (13,8-9)	120
c) Emisión del Hombre y de la Iglesia (13,10)	122
d) Como un paréntesis: El origen pagano de las teorías valentinianas. (14,1-7)	122
e) Emisión de la Década y de la Dodécada y otras emisiones posteriores (14,8-9)	127

3. La estructura del Pleroma (15-16)	129
a) La pregunta es: ¿Por qué una estructura así? (15,1-2)	129
b) La respuesta imposible (15,3-16,4)	129
4. Distintas maneras de emisión (17,1-11)	132
a) Tres maneras de emisión (17,1-2)	132
b) Primera manera de emisión: Como un hombre que proviene de otro hombre (17,3-5)	133
c) Segunda manera de emisión: como las ramas producidas por el árbol (17,6)	135
d) Tercera manera de emisión: como los rayos que emana del Sol (17,7-8)	136
e) Conclusión (17,9-11)	137
5. La Sabiduría, la Enthymesis (tendencia) y la pasión (18,1-7)	140
a) Constitución de la Enthymesis y de la pasión en entidades diferentes (18,1-4)	140
b) Un Eón pasible (18,5-7)	142
6. La simiente (19,1-7)	144
a) El desconocimiento que tenía el Demiurgo de su somiente (19,1-3)	144
b) El crecimiento de la simiente (chispa divina) (19,4-7)	146
7. Conclusión (19,8-9)	148

TERCERA PARTE

Refutación de las especulaciones valentinianas sobre los números (20-28)

1. Las exégesis de Ptolomeo (20,23)	150
a) Tres muestras (20,1)	150
b) Defección del duodécimo apóstol (20,2-21, 2-22,1a)	150
c) La Pasión del Señor supuestamente realizada en el duodécimo mes (22,1b-6)	155

d) La hemorroísa curada después de doce años de sufrimiento (23,1-2)	160
2. Especulaciones Marcosianas (24)	162
a) Números sacados de las Escrituras (24,1-4)	162
b) Números sacados de la creación (24,5)	167
c) Números de izquierda y de derecha (24,6)	168
3. El orgullo gnóstico (25-28)	169
a) La doctrina fundamental de la verdad (25,1-2)	169
b) Pequeñez del hombre frente a la grandeza infinita de su Creador (25,3-4)	170
c) Superioridad de un amor ignorante sobre una ciencia orgullosa (26,2-3)	171
d) Investigaciones inútiles (26,1)	172
e) Investigaciones provechosas (27,1-3)	173
f) Reservar a Dios el conocimiento de las cosas que nos superan (28,1-3)	175
g) Los herejes no admiten que Dios sepa algo, que nosotros desconocemos (que haya algo reservado a Dios) (28,4-9)	178

CUARTA PARTE

Refutación de las tesis valentinianas que se refieren a la consumación final y al Demiurgo (29,30)

1. El destino final de las tres naturalezas o substancias (29,1-3)	184
2. La naturaleza supuestamente psíquica del Demiurgo (30)	187
a) Superioridad del Demiurgo probada por sus obras (30,1-5)	187
b) El Demiurgo, Creador de los seres espirituales (30,6-8)	190
c) Conclusión: el Dios Creador es el único verdadero Dios (30,9)	193

QUINTA PARTE

Refutación de algunas tesis no valentinianas (31-35)

1. Preámbulo (31,11)	195
2. Tesis de Simón y Carpócrates (31,2-34,4)	196
a) Prácticas mágicas (31,2-3)	196
b) Supuesta necesidad de entregarse a toda clase de actividades (32,1-2)	198
c) Supuesta superioridad sobre Jesús (32,3-5)	200
d) Supuesta transmigración de las almas (33,1-34,1)	202
e) Supuesta mortalidad de las almas (34,2-4)	206
3. Tesis de Basílides sobre el gran número de cielos (35,1)	207
4. Tesis de los «Gnósticos» sobre la pluralidad de los Dioses (35,2-3)	208
Conclusión (35-4)	209